

*Sopra il monte Tarpeo, Canzon, vedrai
Un cavalier ch' Italia tutta onora,
Pensoso più d'altrui che di sè stesso (1).*

Sabía maese Esteban que muchas veces inspira á los poetas espíritu divino y profético, y juzgaba que le correspondía acometer la empresa profetizada por Petrarca en aquella canción, siendo el ejecutor de tan gloriosa empresa, por ser, en su concepto, por la elocuencia, el saber, el crédito y el número de amigos superior á los demás romanos.

Dominado por esta idea, no tuvo prudencia, y con palabras, gestiones y modo de vivir dió á conocer sus propósitos, hasta el punto de ser sospechoso al Pontífice, quien lo confinó á Bolonia, encargando al gobernador de esta ciudad que diariamente le hiciera comparecer á su presencia.

No asustó á Porcari esta primera contrariedad, y con mayor empeño prosiguió sus designios, gestionando cautelosamente con sus amigos, y yendo muchas veces á Roma, con tanta celeridad, que siempre volvía á Bolonia á tiempo de presentarse al gobernador á la hora fijada.

Cuando creyó contar con bastantes conjurados para realizar su intento, determinó ponerlo inmediatamente en práctica, encargando á sus amigos de Roma que, en un día determinado, prepararan espléndida cena, á la cual acudieran todos los conjurados, llevando cada cual

(1) Sobre la roca Tarpeya verás, Musa, un caballero á quien Italia entera honra; cuidadoso de sus conciudadanos más que de sí mismo.

Petrarca alude á Nicolás Rienzi.

sus amigos más fieles, y prometió estar con ellos antes de que la cena terminara. Hizose todo como lo había ordenado, y Porcari llegó á la casa donde se cenaba tan á tiempo, que antes de que la cena terminase, presentóse á los conjurados vestido con paño de oro, con collares y otros adornos que le daban aire majestuoso y solemne. Abrazáronle los conjurados, y él, en largo discurso, les animó para la gloriosa empresa. Dijo después lo que cada cual debía hacer. Á la mañana siguiente algunos de ellos debían ocupar el palacio del Papa y los otros distribuirse por Roma, llamando al pueblo á las armas.

Aquella misma noche llegó la conjuración á noticia del Pontífice, según unos por mala fe de algunos conjurados; según otros, porque se supo la vuelta á Roma de maese Porcari. Sea de ello lo que quiera, después de la cena fueron presos Porcari y la mayoría de sus compañeros, y condenados todos á muerte, como merecía su delito. Tal fué el fin de la conspiración de Porcari, cuyo intento acaso elogie alguno, pero nadie el propósito de realizarlo, porque tales empresas, aunque al idearlas tengan alguna sombra de gloria, al realizarlas producen siempre funestos resultados.

XXX. Duraba ya un año la guerra en Toscana (1453) y había llegado la estación para que se acuartelaran los ejércitos, cuando vino en socorro de los florentinos el señor Alejandro Sforza, hermano del duque de Milán, con dos mil caballos. Aumentado con este refuerzo su ejército y disminuido el del Rey, desearon los florentinos ir á recobrar lo que el enemigo les había quitado y, sin gran trabajo, recuperaron algunas plazas.

Atacaron en seguida á Fojano que, por negligencia de los Comisarios, fué saqueado, dispersándose los habitan-

tes, que no volvieron allí sino con mucha dificultad y después de prometerles exenciones de tributos y otras recompensas. También recobraron el castillo de Vada porque, viendo el enemigo que no lo podía defender, lo abandonó y quemó.

Mientras realizaban estas cosas los florentinos, el ejército del rey de Nápoles, no atreviéndose á acercarse al enemigo, había acampado junto á Siena y hacia muchas correrías por las tierras de Florencia, arrasando el país y causando grandes daños y terror.

No descuidó el rey Alfonso ver si podía por otros caminos atacar al enemigo y dividir su fuerza, debilitando, con nuevas agresiones, su resistencia. Era señor de Val de Bagno Gerardo Gambacorti quien, por amistad ú obligación, había estado siempre, como sus antepasados, ó á sueldo ó protegido por los florentinos.

El rey Alfonso le propuso que le cediese su Estado, á cambio de otro que él le daría en el reino de Nápoles. Supieron los florentinos estas negociaciones, y para conocer los propósitos de Gambacorti, le enviaron un embajador que le recordase los deberes de él y de sus antecesores con Florencia, y le exhortara á que permaneciera fiel á esta República.

Mostró Gerardo sorprenderse mucho y, con los mayores juramentos afirmó no haber abrigado jamás tan perversa idea, añadiendo que iría en persona á Florencia para que no cupiese duda de su fidelidad; pero, no pudiendo hacerlo por estar enfermo, enviaria á su hijo, y lo entregó en rehén al embajador para que lo llevara á Florencia. Estas palabras y demostraciones hicieron creer á los florentinos que Gerardo decía la verdad y que su acusador había mentado, no ocupándose más de este asunto.

Pero Gerardo continuó con más instancia las negociaciones con el Rey y, una vez terminadas, mandó Alfonso á Val de Bagno á fray Puccio, caballero de Jerusalén, con bastantes tropas, para tomar posesión del castillo y del Estado de Gambacorti.

El pueblo de Bagno, que era fiel á la República florentina, prometía, contra su voluntad, obediencia á los Comisarios del Rey.

Ya había tomado posesión fray Puccio de casi todo el Estado, y sólo le faltaba apoderarse del castillo de Corzano. Entre los que acompañaban á Gambacorti al tiempo de hacer entrega de este castillo, estaba Antonio Gualandi, pisano, joven valeroso, á quien indignaba la traición de Gerardo; y observando la fortaleza del sitio y, por los gestos y ademanes, el espíritu de la guarnición, al llegar Gerardo á la puerta para dar entrada á los del Rey, se adelantó á él Gualandi, y con ambas manos le empujó fuera del castillo, mandando á la guardia que cerrase, dando con la puerta en rostro á aquel malvado, y conservara la fortaleza á la República florentina.

Al saberse esto en Bagno y en los puntos inmediatos, todos los pueblos tomaron las armas contra los napolitanos, desplegaron la bandera de Florencia y les arrojaron de allí.

Cuando se supo en Florencia lo ocurrido, prendieron al hijo de Gambacorti, que había sido dado en rehén, y mandaron tropas á Bagno para que defendieran, á nombre de la República florentina, aquel Estado, que no fué ya gobernado por ningún Señor, sino convertido en Vicariato. En cuanto á Gambacorti, traidor á su soberano y á su hijo, pudo escapar con grandes dificultades, dejando su mujer, su familia y sus bienes en poder del enemigo.

Este suceso causó grande alegría en Florencia, porque si el Rey se hubiera apoderado de Val de Bagno, sin grandes obstáculos ni gastos se corriera á Val de Tiber y al Casentino, molestando tanto á la República, que fuera á ésta imposible oponer todo su ejército al de Alfonso, acampado junto á Siena.

XXXI. Además de lo hecho en Italia, para contrarrestar los esfuerzos de la liga enemiga enviaron los florentinos, como embajador, á Agnolo Acciajuoli para tratar con el rey de Francia de que autorizase al rey Renato de Anjou á venir á Italia en favor de Florencia y del duque de Milán, á fin de que, después de defender á sus aliados, estando en Italia, procurase la conquista del reino de Nápoles, prometiendo para ello ayuda de gente y de dinero.

Mientras en Toscana y Lombardía continuaba la guerra, según hemos dicho, el embajador florentino hizo el tratado con el rey Renato, conforme al cual éste vendría á Italia durante todo el mes de Junio, con 2.400 caballos. Los aliados debían darle, al llegar á Alejandria, 30.000 mil florines y 10.000 más cada mes, durante la guerra.

Al querer el rey Renato, en virtud de este tratado, pasar á Italia, se lo impidieron el duque de Saboya y el marqués de Monferrato, que, por ser amigos de los venecianos, le negaban el paso.

En vista de ello, el embajador florentino le indujo á que volviera á Provenza, y por mar, con algunos de los suyos, fuera á Italia para aumentar el crédito de los aliados, y al mismo tiempo procurase que el rey de Francia influyera con el duque de Saboya á fin de que el resto de sus tropas pasara por este ducado. Como fué acon-

sejado se hizo, porque Renato llegó por mar á Italia, y á sus soldados, por consideraciones al rey de Francia, les dejó pasar el duque de Saboya.

El duque Francisco Sforza recibió al rey Renato con grandes honores y, juntos los ejércitos italiano y francés, atacaron con tanto impetu á los venecianos, que al poco tiempo recuperaron todas las poblaciones que éstos habían tomado en el Cremonés. No contentos con esto, ocuparon casi todo el territorio de Brescia, y el ejército veneciano, no considerándose seguro en campo abierto, se concentró junto á los muros de esta ciudad.

Llegó el invierno, determinó el Duque alojar su ejército, y al de Renato dió por alojamiento á Piacenza. Así pasó el invierno de 1453 sin realizar ninguna empresa.

Al empezar la primavera, cuando el Duque se disponía á entrar en campaña y quitar á los venecianos todos sus Estados de tierra firme, el rey Renato le envió á decir que necesitaba volver á Francia.

Esta resolución, inesperada para el Duque, le causó grandísimo desagrado y, aunque inmediatamente fué á donde el Rey estaba para disuadirle de la partida, no pudo conseguirlo ni con ruegos ni con promesas, accediendo sólo á dejar parte de sus tropas y á enviar á su hijo Juan para que estuviera al servicio de los aliados.

No desagrado á los florentinos que se fuera el rey Renato, porque, habiendo recobrado todas sus plazas y castillos no temían ya al rey de Nápoles y, por otra parte, deseaban que el duque de Milán no adquiriese más que sus tierras de Lombardía.

Partió Renato y envió á su hijo, como había prometido, á Italia, quien no se detuvo en Lombardía, viniendo

á Florencia, donde fué recibido con grandes honras.

XXXII. La partida del rey Renato ocasionó que el duque de Milán se inclinara á la paz. Deseábanla también los venecianos, el rey Alfonso y los florentinos, agobiados por los gastos, y el Papa había hecho y hacía todo género de gestiones para conseguirla, porque en este mismo año el sultán Mahomet había tomado á Constantinopla y dominado toda la Grecia. Estas conquistas asustaron á todos los cristianos y, más que á los otros, á los venecianos y al Papa, que creían ver ya las armas turcas en Italia.

Rogó, pues, el Papa á los gobiernos de Italia que le enviaran embajadores para hacer una paz universal. Todos obedecieron este deseo; pero, al llegar á las negociaciones, se tropezaba con muchas dificultades para ajustarla.

Quería el rey Alfonso que los florentinos le abonaran los gastos de la guerra, y los florentinos querían que se les abonaran á ellos. Los venecianos pedían al duque de Milán Cremona, y el Duque á ellos Bérgamo, Brescia y Crema; de suerte que parecía imposible encontrar arreglo de estas encontradas pretensiones.

Pero lo que en Roma parecía á muchos difícil de hacer, en Milán y Venecia entre los dos contendientes fué facilísimo; porque mientras en Roma se gestionaba la paz, el Duque y los venecianos el 9 de Abril de 1454 la ajustaban, conviniendo en que cada cual quedara con las poblaciones y territorio que poseía antes de la guerra, concediéndose al Duque que recobrará todo lo que le habían tomado el marqués de Monferrato y el duque de Saboya y fijando un mes á los demás príncipes italianos para adherirse á esta paz.

Dentro de este plazo se adhirieron el Papa, los floren-

tinios, los sieneses y otros potentados de menor importancia.

No contentos con esto, el duque de Milán, los florentinos y los venecianos pactaron paz por veinticinco años.

El único soberano de Italia á quien disgustó esta paz fué el rey Alfonso por creer que se había pactado sin consideración á él, puesto que debía entrar en ella su reino, no como potencia contratante, sino como secundaria y adherente. A causa de ello estuvo mucho tiempo sin manifestar sus designios. Pero el Papa y los demás soberanos le enviaron varias solemnes embajadas, y de ellas, y principalmente del Pontífice, se dejó persuadir, entrando en la liga con su hijo por treinta años. Además hizo un tratado especial con el duque de Milán, con doble parentesco y dobles bodas, casando recíprocamente sus hijas con sus hijos. Mas para que en Italia quedase siempre semilla de guerra, no consintió Alfonso en ratificar la paz hasta que los aliados le permitieron que, sin ofensa de ellos, pudiera hacer la guerra á los genoveses, á Gismondo Malatesta y á Astorre, señor de Faenza.

Realizado este acuerdo, su hijo Fernando, que se encontraba en Siena, volvió á Nápoles, no habiendo hecho en su expedición á Toscana ninguna conquista y sí perdido mucha gente.

XXXIII. Ajustada la paz general, temíase que el rey de Nápoles, por su enemistad con los genoveses, la turbara; pero el destino lo dispuso de otro modo, porque la turbó, no el Rey abiertamente, sino, como de antiguo ocurría, la ambición de los soldados mercenarios.

Terminada la guerra, los venecianos, según costumbre, licenciaron á Jacobo Piccinino, su general, y á sus tropas. Unieronse á éste otros capitanes sin sueldo; pasa-

ron á la Romaña y de aquí al territorio de Siena, á cuya República declaró la guerra Jacobo, ocupando algunas plazas.

Al comenzarse estos disturbios y al principio del año 1455, murió el papa Nicolás, siendo elegido por sucesor Calixto III.

Este Pontífice, para sofocar aquella guerra vecina á los Estados de la Iglesia, reunió inmediatamente cuantos soldados pudo á las órdenes de su general Juan Ventimiglia y, con tropas de los florentinos y del duque de Milán, que concurrieron á terminar y reprimir aquel movimiento, los envió contra Piccinino. Dióse la batalla junto á Bolsena, y aunque Ventimiglia cayó prisionero, Piccinino fué batido, retirándose casi en derrota á Castiglione de la Pescaia y, á no enviarle el rey Alfonso, como le envió, socorro de dinero, su destrucción fuera completa.

Esta conducta del Rey hizo creer á todos que Piccinino había promovido aquella guerra por orden de Alfonso, quien, viéndose descubierto, para restablecer la paz y reconciliarse con los aliados, cuya confianza casi se había enajenado con esta pequeña guerra, hizo que Piccinino restituyese á Siena las plazas ocupadas, á condición de que esta República le daría 20.000 florines. Hecho el pacto recibió á Piccinino con sus tropas en su reino.

Mientras el Papa procuraba contener la revuelta de Jacobo Piccinino, atendía á prevenir los peligros de la cristiandad, amenazada de caer bajo el yugo de los turcos, y para ello mandó á todas las naciones cristianas embajadores y predicadores á fin de persuadir á los soberanos y á los pueblos á que se armasen en defensa de su religión, y con dinero y con gente favorecieran la empresa contra

el enemigo común. En Florencia se recaudaron cuantiosas limosnas, y muchos se pusieron la cruz roja como señal de estar dispuestos á contribuir con sus personas. También se hicieron solemnes procesiones, y pública y privadamente se demostró que los florentinos querían ser de los primeros cristianos que con sus consejos, su dinero y sus personas acudieran á tal empresa.

Este entusiasmo por la Cruzada se entibió, sin embargo, al llegar la noticia de que al ejército turco que sitiaba á Belgrado, fortaleza de Hungría situada á orillas del Danubio, lo habían derrotado los húngaros; triunfo que al Pontífice y á la cristiandad quitó el miedo que les infundió la pérdida de Constantinopla. Proce-dióse, pues, desde entonces con lentitud á los preparativos de la guerra, y hasta los mismos húngaros se enfriaron, por la muerte del vaivoda Juan que había ganado aquella victoria (1).

(1) Refiérese á Juan Corvino, vaivoda de Transilvania, que mandaba á los húngaros en tiempo del rey Ladislao, y fué el más famoso general de su tiempo. Derrotó á los turcos en 1442 y 1443, obligándoles á levantar el sitio de Belgrado. Nombrado gobernador de Hungría, tanto le temían los turcos, que era considerado por ellos como una plaga enviada por el cielo para castigar su nación. Fué derrotado en 1448; pero diez años después obligó á Mahomet II á levantar precipitadamente el sitio de Belgrado, á pesar de que contaba con un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, que derrotó, quedando en el campo cuarenta mil muertos ó heridos.

En este mismo año de 1458 murió en Zemplin, ciudad de la Alta Hungría, y Mahomet, que le estimaba como el mejor capitán de su tiempo, mostró sentir su muerte, quejándose de que la fortuna le privase del único general con quien le fuera glorioso medir las armas. Después de su muerte pasó la corona de Hungría á la casa de Austria, siendo elegido Ladislao Alberto.

DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MEXICO"
1925 MONTANEY, MEXICO

XXXIV. Volviendo á las cosas de Italia, corría el año 1456 cuando acabaron los disturbios promovidos por Jacobo Piccinino y, quedando en reposo las armas de los hombres, pareció que Dios las empuñaba: tan grande fué el huracán que ocurrió, ocasionando en Toscana efectos desconocidos hasta entonces y que, en lo porvenir, se considerarán memorables y maravillosos. El 24 de Agosto, una hora antes de amanecer, se elevó del mar Adriático, hacia Ancona, atravesando Italia para entrar en el Mediterráneo por las inmediaciones de Pisa, un enorme remolino de nubes que en todos sentidos ocupaba unas dos millas de extensión. Empujado este torbellino por fuerza natural ó sobrenatural, combatía y se destrozaba, llevando las nubes unas veces hacia el cielo y hacia la tierra otras; hacíalas chocar unas contra otras, y á veces giraban con grandísima velocidad, precediéndolas un vendaval impetuosisimo y produciendo con su choque grandes relámpagos y exhalaciones.

Estas nubes al desgarrarse, este huracán terrible, estos repetidos relámpagos, producían un ruido mil veces más espantoso que el del terremoto y el trueno, causando tanto terror, que los que lo oían juzgaban llegado el fin del mundo, y que la tierra, el agua, el resto del cielo y del mundo, mezclándose y confundiéndose, volvían al antiguo caos.

Produjo este espantoso huracán por donde pasó inauditos y maravillosos efectos; pero más notables que en ninguna otra parte, en las inmediaciones del castillo de San Casciano.

Está situado este castillo á ocho millas de Florencia, sobre la colina que separa los valles de Pesa y de Grieve. Por entre este castillo y la aldea de San Andrés, si-

tuada en la misma colina, pasó la furiosa tempestad. No causó daño en San Andrés, y en San Casciano sólo derribó algunas canales y chimeneas; pero en el espacio comprendido entre ambos puntos, gran número de casas quedaron completamente destruidas. Los techos de las iglesias de San Martín, en Bagnuolo, y de Santa María de la Paz, fueron arrancados de cuajo y transportados enteros á más de una milla de distancia. Un arriero fué arrastrado con sus mulas fuera del camino, encontrándole muerto en las profundidades inmediatas. Las mayores encinas, los más corpulentos árboles que no se encorvaban ante el huracán, fueron arrancados y arrastrados lejos de donde tenían sus raíces.

Cuando pasó la tempestad y vino la luz del día, quedaron los hombres mudos de terror y espanto. Toda la campiña estaba arrasada; las casas y las iglesias en ruinas. Oíanse los llantos de los que miraban sus posesiones destruidas y sus parientes y animales aplastados bajo los escombros. Cuanto se veía y oía llenaba de miedo y compasión.

Quiso Dios, sin duda, más bien amenazar que castigar á Toscana, porque si aquel huracán penetra por entre las casas de una ciudad populosa, como penetró entre los árboles y pocos y aislados edificios, no puede calcular la imaginación los destrozos que hubiera causado. Pero Dios se contentó con que, por entonces, bastara aquel ejemplo, para que los hombres no olvidaran su poder.

XXXV. Dije, en el punto en que dejé esta historia, que el rey Alfonso no quedó satisfecho de la paz; y después de ver que la guerra promovida, á instigación suya, por Jacobo Piccinino contra los de Siena, sin motivo alguno justificado, no produjo ningún efecto importante,

resolvió intentar si podía sacar algún partido de la agresión á que los artículos del tratado le autorizaban. Así, pues, en el año 1456 atacó por mar y tierra á los genoveses, deseoso de dar el mando en esta República á los Adorno y quitárselo á los Fregoso, que la gobernaban. Además, hizo pasar el río Tronto á Jacobo Piccinino para atacar á Gismondo Malatesta; pero éste, que había fortificado bien sus plazas, desdeñó la invasión de Piccinino, de suerte que la empresa no produjo resultado alguno. Pero el ataque á los genoveses ocasionó á Alfonso y á su reino más daño del que pudiera imaginar.

Era entonces dux de Génova Pedro Fregoso, quien, dudando poder resistir el ímpetu del ejército del Rey, determinó dar lo que no podía defender á alguno capaz de protegerle contra los enemigos y, en cualquier ocasión, recibir de él la recompensa por tan gran servicio. Envió, por tanto, embajadores á Carlos, rey de Francia, ofreciéndole la soberanía de Génova. Aceptó el rey Carlos la oferta, y envió para tomar posesión de aquella ciudad á Juan de Anjou, hijo de Renato (1458), que poco antes había salido de Florencia, de vuelta á Francia.

Creía el rey Carlos que Juan de Anjou, por haber adquirido ya las costumbres italianas, podría, mejor que ningún otro, gobernar la ciudad, y además que, desde allí, acometería la empresa contra Nápoles, de cuyo reino había despojado Alfonso á su padre Renato. Fué, pues, Juan de Anjou á Génova, donde le recibieron como príncipe, poniendo á su disposición la fortaleza y el Estado.

XXXVI. Este suceso alarmó á Alfonso, por comprender que se había proporcionado un enemigo sobradamente importante; pero no se asustó, continuando con

vigor su empresa; y tenía ya su armada en Villamarina y Portofino, cuando, acometido de súbita enfermedad, murió.

Por su muerte quedaron Juan de Anjou y los genoveses libres de la guerra, y Fernando, que sucedió á su padre Alfonso en el trono, vivía temeroso por tener un enemigo de tanta consideración en Italia y por dudar de la fidelidad de muchos de sus barones que, ávidos de novedades, podían declararse en favor de los franceses.

Temía, además, del Papa, cuya ambición conocía, que, por ser rey nuevo, intentara despojarle del reino. Sus esperanzas las cifraba en el duque de Milán, tan cuidadoso de las cosas del reino de Nápoles como el mismo Fernando, porque temía que, si los franceses se apoderaban de él, intentarían hacer lo mismo con su Ducado, sabiendo que creían poder dominar en él como en cosa suya. Envió por tanto el duque Sforza, inmediatamente después de la muerte de Alfonso, cartas y tropas á Fernando, éstas para aumentar su crédito y sus fuerzas, aquéllas para animarle con la seguridad de que en ningún apuro le abandonaría.

Al morir Alfonso, intento el Pontífice dar aquel reino á su sobrino Pedro Luis Borgia y, para disfrazar este designio y procurarse el concurso de los demás príncipes de Italia, publicó que quería poner el reino de Nápoles bajo la dominación de la Iglesia. Por ello persuadía al duque de Milán de que no debía dar auxilio alguno á Fernando, ofreciéndole respetar las plazas que ya poseía en el reino de Nápoles.

Pero durante estos proyectos y negociaciones murió Calixto III, sucediéndole en el pontificado Pio II, natural de Siena, de la familia de los Piccolomini, llamado

Eneas. Este Pontífice, cuidadoso sólo de beneficiar á los cristianos y de honrar la Iglesia, dejando á un lado toda pasión privada y, á ruegos del duque de Milán, coronó á Fernando rey de Nápoles; pues juzgaba llegar más pronto á la paz en Italia manteniendo la posesión del reino en Fernando, que favoreciendo á los franceses para que lo ocuparan, ó queriendo, como Calixto III, tomarlo para sí.

Por este beneficio hizo Fernando príncipe de Amalfi á Antonio, sobrino del Papa, casando con él á una hija natural suya, y además devolvió á la Iglesia Benevento y Terracina.

XXXVII. Parecía, pues, asegurada la tranquilidad en Italia, y preparábase el Pontífice á mover á la cristiandad contra los turcos, siguiendo la empresa comenzada por su antecesor Calixto III, cuando ocurrió una disensión entre los Fregoso y Juan de Anjou, Señor de Génova, de donde nació mayor y más importante guerra que las anteriores.

Encontrábase Pedro Fregoso en uno de sus castillos en la ribera de Génova, disgustado por creer que Juan de Anjou no le había recompensado conforme á sus servicios y á los de su casa, por los cuales era Señor de aquel Estado, y llegaron por tanto á manifiesta enemistad.

Agradó este suceso al rey Fernando, considerándolo único remedio y única vía para su salvación, y ayudó á Fregoso con gente y dinero, esperando por medio de él la expulsión de Juan de Anjou. Comprendiéndolo Anjou, pidió socorro á Francia, con el cual atacó á Fregoso; pero los auxilios que éste había recibido le daban mucha fuerza, y Juan de Anjou se vió obligado á encerrarse en la ciudad, donde una noche entró Fregoso, apoderándose de algunos puntos de ella; más, al llegar el día, las

tropas de Anjou le batieron y mataron, quedando todos sus soldados muertos ó prisioneros.

Esta victoria animó á Juan de Anjou á invadir el reino de Nápoles, y en Octubre de 1459 partió de Génova con poderosa armada en dirección á Nápoles, desembarcó en Baía, y de allí fué á Sessa, donde le recibió el Duque de este nombre.

Uniéronse á Juan de Anjou el príncipe de Tarento, los habitantes de Aquila y muchas otras ciudades y príncipes, de suerte que la ruina de Fernando parecía inevitable.

El Rey pidió auxilio al Papa y al duque de Milán y, para tener menos enemigos, hizo un tratado de paz con Gismondo Malatesta (1460), por lo cual se indignó tanto Jacobo Piccinino, enemigo acérrimo de Gismondo, que abandonó al Rey y entró á sueldo de Juan de Anjou.

Fernando envió también dinero á Federico, Señor de Urbino y, en cuanto pudo, reunió lo que en aquellos tiempos podía llamarse un buen ejército, haciendo frente al enemigo junto al río Sarni. Dada la batalla, fué derrotado el rey Fernando, cayendo prisioneros muchos de sus mejores capitanes. Después de esta derrota permaneció fiel á Fernando la ciudad de Nápoles, y pocos príncipes y pueblos, pues la mayoría se entregaron á Juan de Anjou.

Deseaba Jacobo Piccinino que Juan de Anjou, victorioso, se dirigiera á Nápoles, apoderándose de la cabeza del reino; pero éste no quiso, manifestando que su plan era quitar á Fernando todos los Estados, y después sitiarle en la capital, por creer que, privado de todas las demás plazas, la conquista de Nápoles sería más fácil. Esta determinación le hizo perder la empresa, por no

comprender que más fácilmente siguen los miembros á la cabeza que la cabeza á los miembros.

XXXVIII. Después de la derrota refugióse el rey Fernando en Nápoles, donde recibía á los expulsados de sus Estados, y con los procedimientos más humanos logró, reuniendo algún dinero, organizar una base de ejército.

Pidió nuevamente ayuda al Papa y al duque de Milán, y ambos le socorrieron en seguida, y más copiosamente que la primera vez, porque tenían mucho que perdiera su reino.

Reunidas numerosas fuerzas, salió el rey Fernando de Nápoles y, comenzando á adquirir fama, reconquistaba las ciudades perdidas.

Mientras estaba empeñada la guerra en el reino de Nápoles, ocurrió un suceso que privó á Juan de Anjou de toda su preponderancia y de la posibilidad de vencer en aquella empresa.

Tanto irritaba á los genoveses el gobierno avaro y orgulloso de los franceses, que tomaron las armas contra el gobernador puesto por el rey de Francia, obligándole á refugiarse en el Castelletto. En esta empresa estuvieron de acuerdo Fregosos y Adornos, y les ayudó el duque de Milán con dinero y gente, no sólo para reconquistar la independencia, sino para mantenerla, tanto, que el rey Renato, que vino después con una armada en socorro de su hijo, esperando reconquistar á Génova por tener aún los franceses el Castelletto, al saltar con sus tropas en tierra fué vencido de tal modo que volvió avergonzado á Provenza.

Al llegar al reino de Nápoles las noticias de estos sucesos, desanimaron bastante á Juan de Anjou, pero no

le hicieron abandonar la empresa, y mantuvo algún tiempo la guerra ayudado por los barones que, por su rebelión, nada esperaban del rey Fernando. Finalmente, después de muchos y diversos accidentes, ambos ejércitos vinieron á las manos, y el de Juan de Anjou fué derrotado cerca de Troia, en el año de 1463.

No le perjudicó tanto este desastre como la separación de Jacobo Piccinino, que se pasó al rey Fernando; porque, quedando sin fuerzas, se retiró á Ischia, y poco después volvió á Francia.

Duró esta guerra cuatro años, y perdió la campaña Anjou por su negligencia, pues por el valor de sus soldados la hubiera ganado muchas veces. No intervinieron en ella los florentinos de un modo ostensible: verdad es que el rey Juan de Aragón, elevado al trono por muerte de Alfonso, les envió una embajada, pidiéndoles que socorriesen á su sobrino Fernando, según estaban obligados por el tratado hecho con el rey Alfonso, á lo cual respondieron que no tenían ninguna obligación con Fernando, ni ayudarían al hijo en una guerra que promovió el padre con sus tropas y que, habiéndola emprendido sin su consejo ni conocimiento, la siguiera y terminara el hijo sin su auxilio. Los embajadores protestaron contra esta violación de la fe jurada, declarando responsable al gobierno florentino de los daños, y partieron indignados contra la república de Florencia.

Durante esta guerra los florentinos tuvieron paz en el exterior y disturbios interiores que detalladamente referiré en el libro siguiente.